



## LA BUENA DAMA DE LAGOS

RAMON AYERRA

**E**L tipo de la oficinilla de Turismo, de Lagos, en el Algarve portugués, un tenderete de tres al cuarto plagado de letreros, avisados y noticias, tenía el ánimo más caído que nada en la vida, cara de poca broma, postura muerta y se apuntalaba la cabeza con el brazo. O estaba triste, o algo le había hecho daño a las tripas, o era un malage de aquí te espero.

Con mala leche, pero con claridad, enfocó mi problema.

—En todo Lagos, no encontrará habitación.

Sin alterar la jeta, volvió a sumirse en su drama. No se podía dar un chavo por el tipo. Era carne de suicidio.

Un transeúnte, más listyo o más caritativo, me dio la pista afortunada.

—Mire, siga por ahí, a la izquierda encontrará La Estrella del Norte, allí saben de particulares que alquilan camas.

O sea, que me acodé en el sitio, un bar hermoso, amplio, como a la espera de grandes expediciones borrachuzas, y cuando tuve un camarerillo bien a mano, le espeté la cuestión.

—Aguarde, que llamo a la señora.

Se agarró al teléfono, las pió en voz baja un rato y colgó.

—Que espere diez minutos. Ella vendrá a verle.

Hostia, me dije, ni que fuese un melón a cala y a cata, o una antigualla a la espera de tasación, o un fenómeno de feria. Pero bueno, esperaré a ver en qué coño acababa la cosa, a ver que remedio, a la fuerza ahorcan.

En el plazo previsto, el camarerillo me dio un toque en el hombro, andaba yo pensando en lo mío.

—Ahí tiene a la señora.

Leche, así de repente, doblé y di un respingo. La dama era cincuentona, de rostro oscuro, recordaba a un pedazo de madera quemada o a una imagen vetusta en catedral umbría. Se adornaba el moñete con una verruga de tamaño más que cumplido y me venía en bata morada, zapatillas y un llavín amorosamente cogido entre ambas manos, que apoyaba en el regazo. Recordaba a los clérigos, cuando se trajinan por lo piadoso —crucifijo amachambrado— una cuestión de su incumbencia, pero que requiere un celo especial.

## LA BUENA DAMA DE LAGOS

Me observó con detenimiento. No se por qué, presumí que la barba no la convencía del todo. Yo esperaba acojonado su sentencia. La idea de dormir en la puta calle, como otras veces, me tenía en un grito. Al fin, la dama atacó, y en buen plan.

—¿Tiene auto?

—Sí, afuera.

—Entonces, vamos.

Conforme salía, observé con el rabillo del ojo que la dama le largaba un billete pequeño al camarerillo al tiempo que le parlotaba algo. Era la comisión. Todo en esta vida funciona con propina, astilla o comisión.

Ya en el coche, ella tomó el mando y me guió con maestría, pero dictatorialmente, «ahora, a la izquierda, ahora, a la derecha, ojo a la curva, atento a este repecho, todo de frente...».

La dama se agarraba al vehículo como si el topetazo fuera cosa inminente. Le infundía pavor, pero al propio tiempo un ramalazo de contento le cruzaba la cara. Un periplo en auto debía resultar altamente gratificante, a pesar del riesgo y de sus terrores.

Subimos una gran cuesta y con el piso en muy mal estado, aquello brincaba de lo lindo. Al fin, llegamos. Era una barriada obrera de casitas unifamiliares pegadas unas con otras. Todo estaba muy nuevo y muy limpio. Tal que el paraíso de los albañiles buenos fallecidos en acto de servicio.

—Este es el recibidor.

No cabía la menor duda.

Un cuartito minúsculo inundado por el color. El papel de la pared, el suelo, la decoración, todo estaba impregnado de una diabólica llamarada de color. Cuadros con vírgenes requetefloridas, retratos, vistas de paisajes excesivamente tropicales, y por encima de todo, el faro.

—Mire, qué amor.

Y enchufó el faro. Una bola de cristal que giraba, soltando al tiempo un chubasco de luces coloreadas. Algo de verdadero horror. Como para entrar en la casa de malos pelos y toparse con el jodido faro.

—Y ahí, su dormitorio.

El cuarto se beneficiaba de los mismos criterios en materia de decoración, buen gusto y discreción. Todo sonaba a cuentos infantiles tontorrones chillados a la oreja de un niño mongólico. Sobre la mesilla, un pez de cristal reinaba dichosa, estrepitosamente.

Llegó el momento del trapicheo monetario. Ella aventuró una cifra sin mucho convencimiento, trescientos escudos. Algo raro vio en mi cara y bajó en picado a doscientos. Pero era una pura figuración suya ya que me dominaba aún el miedo de dormir al sereno y cualquier precio me hubiera parecido razonable.

Ajustado el precio, la dama se interesó por mis hábitos.

—Prefiere acostarse ya o quiere bajar a pasear.

—Sí, quiero bajar a pasear.

—Entonces iré con usted, no sabría encontrar el camino de vuelta.

Y es así como me vi por las calles de Lagos, con la dama a mi vera que no cabía en su bata de satisfacción. Conservaba el mismo atuendo y la llave, como un objeto sagrado o un amuleto capaz de las mayores maravillas, seguía entre sus manos, a la altura del ombligo.

Al principio yo estaba violento, aquella compañía podía ser mal interpretada y ya hubo quien se volvió a nuestro paso con gesto risueño. Qué trago. Pero pronto me comí las vergüenzas y comenzamos a alternar en los establecimientos de bebidas que ella misma escogía.

La encantaba encaramarse a los altos silletines de las barras y comandaba para ella un vaso de leche y cacahuates que se metía enteros en la boca para luego escupir la cáscara con ferocidad. Chicoleaba con la dependencia y me mostraba con orgullo. Yo era una especie de perrito con pedigrí o de lorito vistoso al que exhibir, «es mi huésped —decía— y es español, tiene auto, en el que he montado, y ahora paseamos por Lagos». Yo, en mi calidad de objeto decorativo, o chocante, chupaba rueda en silencio. Se me miraba, pero nadie osaba interpelarme.

Entre bar y bar, venía una rociada de escaparates. Se detenía ante una tienda de calzado, o de neveras, o de ropa interior de señora, repasaba con avidez el género expuesto y pronto llegaba a unas conclusiones terminantes, precisas, tiránicas. Fusilaba con el dedo los productos y me conminaba.

—Aquello, caro. Aquello, barato. Compre esto. No se le ocurra comprar aquello.

En mi cabeza bailoteaban los sostenes más económicos del Algarbe, las mermeladas más refinadas, de sabor más rico, los armarios de luna más capaces y de maderas más nobles.

El dedo de la dama era hitleriano, castigador, nada se resistía a su juicio, nada escapaba a su decisión.

En una de estas caímos en casa Giraldo. Oh, Giraldo, un gran tipo, ya mayor pero sólido, bien plantado. Un bigotillo a la griega le trabajaba los bajos de la nariz, podría estar con igual traza preparando pinchitos de cordero en Plaka, Atenas, a los pies de la Acrópolis.

El tal Giraldo le hacía tilin a la dama y no se por qué pensé en un viejo amor entre ellos, en alguna distante relación sentimental mordisqueada ya por el tiempo y con el color sepla de las fotos del año catapún.

La dama estaba encandilada con Giraldo y me lo ponderó con ardor.

-Giraldo es el mejor, sabe de cocina, y de cuentas, y de trato con los extranjeros. Oh, Giraldo, Giraldo.

O sea que el tal Giraldo me estaba colocando unos cuernos de muchos cojones. Pero así es la vida. No siempre la pareja de uno encuentra en éste un espejo de todas las perfecciones.

Por cierto, que la regiduría de Giraldo sobre su establecimiento era bastante singular. El local tenía otras dos plantas, una arriba y otra abajo, y a las dos se tenía buen acceso de visual desde la barra que capitaneaba Giraldo, y éste se entendía a voces, con los empleadillos de ambas jurisdicciones a voces, y les arrojaba las facturas hechas un burujo en torno a una piedra, para dar consistencia al envío.

Los camareros devolvían la piedra y estirajaban el papel. Al poco, el tráfico se producía a la inversa. El empleado volvía a hacer un burruño con la factura, y en vez de piedra, iba dentro el dinero. Y con las vueltas se seguía igual trámite. Esto es, un complejísimo trasiego de pelotazos que se efectuaba con rara maestría y de forma no exenta de riesgo, ya que la pedrada a cliente distraído, en caso de fallo técnico, podía ser de embute.

La dama miraba embobalicada aquel lujo organizativo y me atizaba con el codo.

-Oh, ¿ve? y que requetebién lleva su negocio. No hay otro como Giraldo en Lagos.

Joderse con Giraldo, qué las daría. O mejor, que la habría dado a la dama en su día.

Siguió el paseo, y con él el alterne. La muchedumbre gozaba callejeando las horas finales del día, con el rico frescor que traen las oscuridades.

-¿No le parece emocionante? pasear por Lagos, ver escaparates, entrar en establecimientos, saludar a los conocidos.

-Oh, sí, ya lo creo.

No entraba en mis cálculos llevarla la contraria. Sobre ser una desatención, entre nosotros se hubiera interpuesto un nubarrón de la peor especie.

Lo que llevaba peor, demonios coronados, era su puerco modo de entrarle a los cacahuetses. Si al tiempo de comer este maldito jamón de mono, hablaba, había de escorarme para no recibir de lleno la perdigonada.

Un rubiancho con pinta de boche nos observó en un café y rela con sus compañeros. El muy mamón estaba poniéndome en lo peor, de modo que a media

lengua me cagué en su padre. Pasar de ahí era inconveniente porque el gachó tenía un algo de forzado de feria, y ese ganado no me gusta pero es que nada para la porfía. Cuestión de instinto.

El caso es que a medida que pasaba el tiempo la dama parecía jumarse con los vasos de leche, porque se volvió un punto descarada, y me hacía mohines, y no paraba de darle a la lengua.

Fue entonces cuando me vino un acojone bestial. Anda, me dije, esta gatita quiere jaleo y lo mismo a la vuelta se me mete entre las sábanas. Un sudor frío me ba-

tió el rostro, que lo que es gustarme, si me gusta la jarana, ya lo creo, pero por el amor hermoso, con herbras que tengan un algo, una cosa, un aquel.

A partir de esta reflexión, ya no pude apartar de mi aquella tortura, aquel veneno, la idea de que la dama



Julia  
Ceballos

## LA BUENA DAMA DE LAGOS

fuese con malas intenciones. Y lo más gordo, me decía, es que si se me mete en la cama, no cumplo, no se me endereza, y hasta a lo mejor vomito. Santo cielo, y para más cáliz, aquella maldita verruga en el carrillo. Ni el caballero más cumplido podría calzarse a semejante buena mujer, que andaba ya en edad de reumas y tisanas y devociones.

El último rato de pendoneo en Lagos lo pasé devorado por las premoniciones más siniestras, con el hormiguillo de una escena pavorosa en la alcoba de los colorines, y el pez de cristal sin perder ni ripio de mi fracaso, un fracaso que devenía implacable, ya que descartaba de antemano la posibilidad de montar con éxito las ancianas, blandurrias carnes de la dama.

Cuando se hizo una hora más que prudente, que yo procuraba retrasar, para retrasar así una prueba que suponía muy cruel, la dama me hizo un gestecillo al que yo atribuí calidades de pícaro, y ladeó la cabeza.

—¿Y si subiéramos ya? son cerca de las doce.

—Sí, es tarde, vamos ya.

Con los cataplínes en el garguero, conduje el auto hacia el sacrificio. La subida me recordó cierta historia religiosa sobre un hombre inocente y vejado, un gólgota y una cruz.

A la puerta de mi cuarto dí las buenas noches a la dama y me escabullí hacia adentro. Con la puerta cerrada, inmóvil, con la oreja lista y el pulso temblón, aguardé acontecimientos. El maldito pez de la mesilla parecía contemplarme con desprecio. Esperé, pero allí no sucedía nada. Me colé entre las sábanas y eché la almohada por encima de la cabeza, lo que hago siempre que quiero escapar del siglo, y aun a riesgo de asfixiarme.

A pesar de los temores y repelúses, al poco rato, y a costa del mucho cansancio, me quedé frito, hasta que una luz deliciosa se metió en el cuarto con el nuevo día.

Y bien, mis siniestras previsiones habían resultado fallidas. La dama no pretendió quitarme, no lo había pretendido nunca. Era una mezcla de desvarío y horror que se había apoderado de mí, y sin fundamento. Pedí mentalmente excusas a la mujer, me ocupé en lavajes y composturas, atusé el gesto y la fachenda y salí al ruedo.

En un gabinetito junto al recibidor, igual de horrible que éste, chillando con desaforo la prestancia de todos los colorines de la tierra, aguardaba la dama delante de un opíparo desayuno para dos.

—Por Dios, como se ha molestado.

—No es molestia.

Es entonces cuando comencé a ver el fondo más tierno, cabe maternal, de la cuestión.

Yo era simplemente un cerdo, un tío salido que imaginaba enredos de cama con toda mujer que se hallase en las cercanías. Un cerdo de lo peor. Que el buen Dios no me lo tenga en cuenta.

Desayunamos, cambiamos frases triviales sobre la bella paseata de la jornada anterior, e inopinadamente la dama se lanzó a fondo.

—¿Por qué se marcha? podía quedarse aquí durante sus vacaciones. Además, yo me ocuparía de la comida.

—Cuanto se lo agradezco, pero mi trabajo en la fábrica —la había dicho que trabajaba en una fábrica de mal aquel, con patronos gritadores, bestiales— no me lo permite.

—Pero también me dijo que estaba de vacaciones.

—Cierto —el círculo se cerraba. Solté lo primero que me vino—, pero es que luego está la familia.

—Ah —la dama se puso algo triste— la familia, quien tuviera una familia. Yo, ya ve, solita en el mundo.

Cuando saqué los doscientos escudos de marras para abonarla el cuarto, se puso en guardia.

—De ninguna manera.

—Pero...

—No puedo aceptarlo. Mire, usted me ha sacado a pasear, a ver escaparates, he tenido ocasión de saludar a las amistades. Ya estoy pagada. No le admito un chavo.

La batalla resultó infructuosa. La dama se empeñó en no cobrarme y yo estaba hecho un lío. Pero la traca vino después.

—Oiga, si se queda conmigo durante sus vacaciones, yo no le cobraré nada, y además cocinaré para usted, vamos, para los dos. Sólo un detalle a su cargo, que me saque un rato por la tarde a ver escaparates. Me priva. Y acompañada, más.

—Cuanto se lo agradezco, no sabe cuanto.

—Incluso alguna tarde podríamos ir en su auto a Sagres...

Y la dama entornó los ojos. Su vista resbalaba sobre lugares que ocupaban en su imaginación un puesto muy señalado, sitios delicados, de ventura, de ensoñación. Y Sagres debía ser su eldorado, un amago de tierra prometida, feliz, un punto en el que se daban cita todas las exquisiteces.

—Pues cuanto, cuanto lo siento, señora. Otra vez vendré con más tiempo y haremos planes.

Yo no sabía por donde salir. Ella insistió un poquitín y luego se hizo cargo. Cogió el petate y llegó la despedida.

—No deje de volver. Ya sabe donde tiene una casa.

Pobrecita de mi corazón. Ha pasado el tiempo y aún recuerdo con mucha emoción a la entrañable dama de Lagos, hundida en una soledad feroz, en su casa de colorines, aguardando siempre a un forastero que la saque a alternar y a ver escaparates.

Y tampoco olvido, y nunca me arrepentiré lo suficiente, los falsos juicios que aventuré sobre su persona. De la mayor consideración. ■ R.A. Ilustraciones de Julio Cebrián.